



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 7 DE FEBRERO DE 2021

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Dulces despertares

LOS COLORES DEL SILENCIO

OLGA DE LEÓN G.

El ruido huyó con la luz del día en plenitud. Cuando la tarde empezaba a sentar sus reales, el silencio profundo y prolongado desde el amanecer hasta más allá del medio día, intimidó al bullicio de la vida.

Fue como si nadie quisiera romper la cortina de luto y dolor que el silencio había impuesto sobre los pobladores de la ciudad, de muchas ciudades del mundo... Según dieron cuenta tiempo después las rotativas de los periódicos y los canales de la televisión que aún funcionaban, como si no quisieran callar del todo, por temor a morir dentro del silencio.

Salí, esa tarde, porque tenía que salir, alguien debía ir por viveres. Nadie sabíamos cuánto tiempo más debíamos permanecer encerrados en nuestras casas, evitando el contacto con los demás, con quienes no vivíamos ni convivíamos regularmente.

"-Nos acostumbramos a solo sonreír a la distancia a los conocidos, y levantar el brazo agitando la mano o cruzar nuestros brazos sobre el pecho, en señal de que los abrazábamos, de que los queríamos, pero no debían ni debíamos acercarnos. Alguno o varios podían estar contagiados de ese terrible virus que había escapado de algún laboratorio o habiase originado entre el contacto del viento con la naturaleza, con otros seres vivos... o, sabrá Dios, dónde se habría originado. Tampoco importaba mucho saberlo, no ahora que lo fundamental, lo que importaba, era seguir con vida".

Así se expresaba aquella mujer que conocí hace más de diez años. No volví a verla, nunca más la encontraría ni siquiera cuando volvía al mismo lugar; nunca me pregunté si viviría aún, o si ya habría sido contagiada; solo pensarla me parecía inmoral o perverso, pero no bueno ni sano. Y siguió hablando solo para ella misma, en silencio; pensando...

Todavía seguimos viviendo bajo un régimen de restricciones para salir, para ir a trabajar fuera de casa, aunque sea solo durante un día al mes, y el resto, lo hacemos dentro a través de la tecnología, en línea: con los colegas, con los empleados, con los alumnos, con los clientes, o con quienes tenemos que estar conectados según el giro de nuestra empresa, institución o empleo desempeñado.

- Pero el mundo no se paralizó, ¿verdad que no, abuelita?

- No del todo, Liza. Los humanos son hábiles para encontrar formas de no perder el apego a sus cosas, su trabajo y sus eventuales, pero necesarias, distracciones... ni alejarse totalmente de sus gentes, su familia y amigos.

Y, la mujer tenía razón. Pero, solo hasta ese mediodía que marcaría un parte aguas: un antes y un después del bullicio y el silencio. Un alto total a la producción y creación de todo lo que implicara movimiento o ruido, por mínimo que fuera.

Esa tarde -recordé yo misma-, en la que el silencio imperó sobre el mundo y



los ruidos huyeron despavoridos, mi propio pensamiento guardó silencio, temí que, de solo pensar, mi osadía pudiera enfurecer a quien fuera que hubiese dejado caer tal maldición sobre la tierra.

- ¿Cómo era ese silencio, abuela? ¿podías verlo, olerlo...?, ¿o escucharlo, aunque fuera muy quedito?

- Sí, ahora que me preguntas, hijita, caigo en la cuenta de que el silencio aquel, tenía un particular color: era una sombra; ni blanco, ni negro ni gris: era solo una sombra, que se extendía desde donde dejaba caer mi mirada hasta donde mis ojos alcanzaban a ver.

Acaso -me pregunto otra vez, yo misma- ¿seguirá el mundo viviendo entre sombras?, porque las casas lucen en sus puertas principales, las del frente, un moño negro.

- ¡Qué triste historia, abuelita!, irrumpió de pronto la niña. Menos mal que yo no vivía en esos años, describe con señas la hermosa niña.

- Y la abuela asiente, y con otra seña le dice: te amo. Mientras se pregunta: ¿volverán, algún día, los colores del silencio y... los ruidos?

SUGAR MOMMIES

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Julián cambió de parecer sobre el amor. Fue después de que su exmujer comenzó a prohibirle ver a sus hijos, por los retrasos en los pagos de las pensiones alimenticias. Por eso y por su otra historia con Bertha, comenzó a razonar que: la equidad de género requería una nueva perspectiva. El hombre: no solo no estaba obligado a solventar los gastos de la casa, sino que las mujeres debían encar-

garse de invitar a cenar y realizar desembolsos para sus parejas. Poco después de escuchar sobre el concepto de Sugar Mommy, el asunto le cayó como borrador de pizarrón que le golpea la cabeza.

Elegía a sus mujeres a través de la aplicación de Tinder. Invertía invitándolas a tomar un café. Les permitía saborear de su plática, inmersa en valles de risas y un pedazo de pastel. Para la siguiente cita: una cerveza en casa de ellas. Les hacía el amor con pasión brutal. Mujeres de cincuenta que alcanzaban a incendiar su propia emoción y el peligro de afilarle los cuernos al toro. De complejión mediana, alto y de tes parda, salía con varias mujeres a la vez. Pero nunca, con más de cuatro. Luego, el mensaje a través del celular: ¿Me podrías prestar doscientos pesos? La relación terminaba cuando la cincuentona entendía el tipo de relación comercial que se había entablado, y ella ya no estaba de acuerdo.

Pero la historia con Bertha fue distinta, se conocieron de otra manera, en su natal Durango, años antes de que Julián iniciara con el tema de las Sugar Mommies. Buscaba por aquel entonces una granja de pollos para criarlos y venderlos. Lo que encontró fue un criadero de pavorrales. Fue a visitarlo, se hizo amigo del dueño y así conoció a la hija, Bertha, que en ese momento ya pisaba los cincuenta; Julián apenas contaba con treinta años. Comenzaron a salir. Él le pedía consejos y ella se los daba. Además, la mujer no se echaba para atrás cuando Julián se le insinuaba. Hasta que sucedió lo que tenía que suceder.

Pero él siempre andaba sin un clavo. Un día, por circunstancias, le pidió

prestado doscientos pesos. Ella, empresaria, tenía su pequeño negocio y la cantidad le representaba casi nada. Se lo dio. Julián nunca pudo devolver el préstamo, cuando volvió la escasez monetaria. Ella condescendió nuevamente, y repetidamente. De pronto también le regalaba una camisa de vestir, un pantalón o unos calcetines.

Al año de la conquista, Julián tuvo que mudarse a Querétaro, donde encontró finalmente trabajo como profesor de secundaria. Eran tiempos en los que los maestros aún se atrevían a lanzar por el aire el borrador del pizarrón contra los alumnos mal portados.

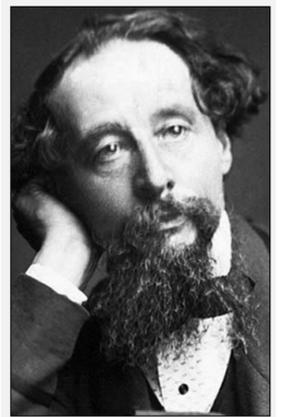
A pesar de la distancia, Bertha y Julián mantuvieron contacto. Realizaban video chats; a veces eróticos. Ella le pagaba la transportación para que la visitara de vez en vez. Intercambiaban, desde lejos, fotografías de desnudos. Él seguía pidiéndole consejos, y ella se los proveía con gusto. La situación perduró un año más. Hasta que un día, Julián volvió a pedir un préstamo de trescientos pesos y ella le respondió: Te voy a mandar dos mil; pero es la última vez. No te preocupes por regresarme lo que te he dado hasta ahora, consérvalo.

Julián se desvaneció en la cama. El mundo se le vino encima como implosión de la madre tierra. Comenzó a sudar charcos hirviendo que lo mareaban y le hacían querer devolver el estómago. Deseaba arreglar la situación a como diera lugar, remendar lo que hubiera hecho mal; no por el dinero, sino porque sentía que había cometido un error incommensurable, que le pisoteaba la consciencia hasta desgranarle los sesos.

Ella le explicó que había encontrado a alguien más, que la amaba incondicionalmente. Julián pasó meses de hierro helado que le atravesaban el corazón. Nada le levantaba los ánimos. Un día, en el trabajo, perdió la paciencia y descalabró a un alumno con el borrador. Perdió la chamba y en lugar de regresar a Durango, de inmediato fue a visitar a un amigo que vivía en los edificios Constitución, en Monterrey. Le contó la historia completa, buscando consuelo.

Llegaste a la tierra de los negocios, bato; le dijo el amigo. Arráncate con más conquistas; ya te salió bien una. Y concluyó mostrándole el celular la aplicación de Tinder, algo para encontrar parejas. A Julián le pareció espantosa la idea general, pero en particular le agradó la posibilidad de conocer más gente. Se emborrachó tres días en Monterrey, subvencionado por su amigo, y regresó a Durango.

Semanas más tarde, la necesidad económica: otra vez. Comenzó a obtener citas con mujeres: diez, quince y hasta veinte años mayor que él. Una cosa fue llevando a la otra, hasta que se volvió, más que un vicio, su forma de ser, su manera de relacionarse con el mundo, de interpretar las relaciones humanas. El amor incondicional... nunca más fue lo de Julián.



Charles Dickens

(Portsmouth, Reino Unido, 1812 - Gad's Hill, id., 1870) Escritor británico, máximo exponente de la novela realista decimonónica en Inglaterra, como lo fueron Stendhal, Balzac y Flaubert en Francia y Galdós y Clarín en España.

Autodidacta, si se excluyen los dos años y medio que pasó en una escuela privada, consiguió empleo como pasante de abogado en 1827, pero aspiraba ya a ser dramaturgo y periodista. Aprendió taquigrafía y, poco a poco, consiguió ganarse la vida con lo que escribía; empujó redactando crónicas de tribunales para acceder, más tarde, a un puesto de periodista parlamentario y, finalmente, bajo el seudónimo de Boz, publicó una serie de artículos.

El mismo año, casó con Catherine Hogarth, hija del director del Morning Chronicle, el periódico que difundió, entre 1836 y 1837, el folletín de Los papeles póstumos del Club Pickwick, y los posteriores Oliver Twist y Nicholas Nickleby. La publicación por entregas de prácticamente todas sus novelas creó una relación especial con su público, sobre el cual llegó a ejercer una importante influencia, y en sus novelas se pronunció de manera más o menos directa sobre los asuntos de su tiempo.

En estos años, evolucionó desde un estilo ligero a la actitud socialmente comprometida de Oliver Twist. Estas primeras novelas le proporcionaron un enorme éxito popular y le dieron cierto renombre entre las clases altas y cultas, por lo que fue recibido con grandes honores en Estados Unidos, en 1842; sin embargo, pronto se desengañó de la sociedad estadounidense, al percibir en ella todos los vicios del Viejo Mundo. Sus críticas, reflejadas en una serie de artículos y en la novela Martin Chuzzlewit, indignaron en Estados Unidos, y la novela supuso el fracaso más sonado de su carrera en el Reino Unido. Sin embargo, recuperó el favor de su público en 1843, con la publicación de Canción de Navidad.

Después de unos viajes a Italia, Suiza y Francia, realizó algunas incursiones en el campo teatral y fundó el Daily News, periódico que tendría una corta existencia. Su etapa de madurez se inauguró con Dombey e hijo (1848), novela en la que alcanzó un control casi perfecto de los recursos novelísticos y cuyo argumento planificó hasta el último detalle, con lo que superó la tendencia a la improvisación de sus primeros títulos, en que daba rienda suelta a su proverbial inventiva a la hora de crear situaciones y personajes, responsable en ocasiones de la falta de unidad de la obra.

En 1849 fundó el Household Words, semanario en el que, además de difundir textos de autores poco conocidos, como su amigo Wilkie Collins, publicó La casa desierta y Tiempos difíciles, dos de las obras más logradas de toda su producción.

La gira que inició en 1867 por Estados Unidos confirmó su notoriedad mundial, y así, fue aplaudido en largas y agotadoras conferencias, entusiástico al público con las lecturas de su obra e incluso llegó a ser recibido por la reina Victoria I de Inglaterra poco antes de su muerte, acelerada por las secuelas que un accidente de ferrocarril dejó en su ya quebrantada salud.

ad pédem literae

La caridad comienza en mi casa, y la justicia en la puerta siguiente

Charles Dickens

Letras de buen humor

Hay libros de los cuales la parte de atrás y las cubiertas son de lejos las mejores partes.

Charles Dickens

Elmer Mendoza

Tumbas de agua

Cada libro que publica Miguel Tapia es un viaje a lo mejor de sí mismo, adicionado de una profunda exploración del paisaje, de la época de que ha sido testigo, y de las profundas desigualdades

Claro, hay muchas, y es posible que estén pensando en los naufragios que han estado presentes desde que el hombre navega los misteriosos mares. ¿Se acuerdan del Titanic? Sin embargo hay otras, urbanas, azules, exclusivas, que ocupan un lugar importante en el jardín de algunas mansiones. A estas se refiere Miguel Tapia en su libro Tumbas de agua, que obtuvo el Premio de Novela Ciudad de Estepona 2019, fallado en junio de 2020 en esa municipalidad española y publicado por editorial Pre-Textos en Valencia, España, en octubre del año pasado. La obra transcurre en una lluviosa ciudad del noroeste mexicano, y el conflicto es lo que le ocurre a un joven de clase baja que advierte que el mundo es una esfera que al menor empujón se desploma hecho pedazos.

Joaquín, trabaja limpiando albercas. En una de ellas conoce a Miranda, una chica hermosa de la que se enamora. Ella dibuja halcones en pequeños cuadernos y luce su belleza en la piscina. El Rorro, de oficio sospechoso y propietario de esa enorme casa, controla a la chica y trata de involucrar al albañero en asuntos

delicados. Ya verán. Pero los problemas del personaje no terminan ahí. Su hermana Silvina se ha convertido en una atractiva mujer y la pretende el narquillo del barrio, que conduce una troca negra, de llantas anchas, escucha corridos a todo volumen y disfruta echar "bravatas motorizadas" sin venir al caso. Otra cosa que lo martiriza es la pasividad de su madre, que fue abandonada por su marido que ahora está en Estados Unidos y jamás manda dinero. Eso de las remesas para ellos es una leyenda urbana. Tapia mueve sus personajes con suavidad, en capítulos cortos, proponiendo enigmas que resuelve poco a poco. Joaquín babea por Miranda pero sabe que no tiene oportunidad, además del peligro que significa invadir el territorio de un sujeto que se atreve a todo. Sin embargo, acepta verla en el zoológico y se sorprende cuando ella le pide un favor. Luego de eso, hay un enfrentamiento a tiros en una avenida en pleno tráfico de la que Joaquín escapa conmocionado, encuartelan a la policía estatal y el ejército toma la ciudad despertando el temor de todos. ¿Quiéren saber qué pasa con el Rorro, Miranda y "el oleaje vertical de su cabello", la casa y por supuesto la alberca? Lo dejo en sus manos. Como bien saben, entre lectores nos leemos las manos y los ojos.

Cada libro que publica Miguel Tapia, que nació en Culiacán, Sinaloa, México,



en 1972, es un viaje a lo mejor de sí mismo, adicionado de una profunda exploración del paisaje, de la época de que ha sido testigo, y de las profundas desigualdades que crecen todos los días en una sociedad engañada y egoísta donde es imposible soñar. ¿Qué hace Gonzalo, hermano de Joaquín para escapar de esa miseria? Largarse, medida que al protagonista no le nace tomar porque cifra sus esperanzas en una vuelta de tuerca, de la que no tiene un ápice de certeza. "Sólo el agua que corre está viva", medita, sin embargo, no es capaz

de moverse, prefiere una vida donde la prisa tiene nombre propio, y usted lo descubrirá y buscará rostros en sus recuerdos cuyos nombres habrá olvidado. Porque Joaquín podría terminar en eso, en Los olvidados de Buñuel, o en los que tienen "afición por la inercia" y temen dejar las cuatro paredes que al final prohíben actitudes de larga espera como la de Penélope. El símbolo que hace pensar en las tumbas de agua les dejará agitado el pensamiento, pero estarán bien. Se trata de una buena novela. Ya me contarán.